

comercio de granos. Con bueyes y camellos, los transportan á distancias inauditas, y en caravanas tan numerosas, que se les creería cuerpos de ejército. Esos hombres son los que en 1791 han alimentado á lord Cornwallis y su ejército, en su guerra contra Tippto-Saib; son indios nómades, muy poco embarazados, porque nunca se alojan en las casas, sino que viven bajo tiendas; muy útiles, porque entre otras costumbres extrañas, tienen la de no beber nunca agua de río ni de estanque. Resulta de aquí, que son excelentes compañeros de marcha en el desierto, atendido á que no hay una gota de agua en las cercanías que no sepan encontrarla, esté á la profundidad que quiera.

Pues bien, señor, esos hombres, cuya vida es el comercio, que observan la más estricta neutralidad entre los ejércitos beligerantes, que no tienen otro objeto que vender sus granos y alquilar sus tiros al que mejor los paga, esos hombres bien pagados serán nuestros.

— Pero serán de la Inglaterra al mismo tiempo.

— Seguramente. En mis previsiones de victoria, no cuento con el hambre y con la sed, señor. Cuento con nuestros cañones y nuestras bayonetas.

Pellizcó el Czar sus delgados labios.

— Ahora falta el Indus.

— ¿El Indus que atravesar?

— Sí.

Napoleón sonrió.

— Es una de las preocupaciones esparcidas por los escritores ingleses, dijo, de que el Indus es un obstáculo suficiente para detener una invasión, y que concentrándose el ejército inglés sobre la orilla izquierda del río, puede impedir el paso á un ejército, por poderoso que sea. He hecho sondear el Indus, señor, de Desá-Ismael-Khan á Attock;

tiene una profundidad de doce á quince pies, con siete vados reconocidos, y que nos esperan. He hecho calcular su curso, y apenas es de una legua por hora.

El Indus no existe, pues, para un hombre que ha atravesado el Rhin, el Niemen y el Danubio.

El emperador de Rusia quedó un instante como aplastado bajo el poder del genio que le dominaba.

— Dejádme respirar, señor, le dijo; ese mundo que levantáis como otro Atlante, cae otra vez sobre mi pecho, y me ahoga.

— Y yo, dijo el joven príncipe, os diré á mi vez como el emperador de Rusia: dejádme respirar, caballero.

En seguida, levantando sus manos y sus ojos al cielo, dijo:

— ¡ Oh, padre mío! ¡ padre mío! ¡ cuán grande eras!

CAPÍTULO XI.

DELENDÁ CARTHAGO (CONTINUACIÓN).

El antiguo soldado del emperador, el antiguo compañero de destierro de Napoleón, no había insistido tanto sobre los detalles de aquel vasto plan, más que para llegar al efecto que acababa de producir; es decir, á hacer que el hijo midiese la grandeza del padre, y á conducirle en consecuencia á reconocer los deberes que le imponía para con el mundo el nombre gigantesco que sobre él pesaba.

En efecto, el joven, como si se sintiese aplastado por aquel nombre, se levantó, sacudió la cabeza, y se puso á recorrer la habitación á pasos largos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Adm. 1625 MONTERREY, MEXICO

29982

En seguida, deteniéndose de repente delante de Sarranti, exclamó:

— ¡Y ese hombre ha muerto! muerto como otro hombre, más dolorosamente, y eso es todo. ¡La llama que le animaba se ha extinguido, y no se ha visto que algún nuevo sol brillase en el cielo! ¡Oh! ¿cómo el día de aquella muerte no ha cubierto al mundo de una obscuridad universal?

— Ha muerto con los ojos fijos en vuestro retrato, señor, diciendo: « Lo que yo no he podido hacer, lo concluirá mi hijo. »

Sacudió melancólicamente la cabeza el joven príncipe.

— ¡Oh! dijo, ¿quién osaría tocar aquella obra de gigante? ¿Qué hombre que lleve el nombre de Napoleón vendrá á decir á la Francia, á la Europa, al mundo: Aquí estoy yo á mi vez? ¡Oh! Mr. Sarranti, el molde de la cabeza sublime ha sido hecho pedazos por el Escultor divino, y confieso que en cuanto á mí, bajo los ojos al solo pensamiento de lo que se aguardará de Napoleón II.

No importa, continúa, caballero.

— Faltó el Czar á la promesa, y aquella India, que vuestro padre, como otro Alejandro, creía ya tener, se le escapó de las manos, pero no salió de su pensamiento. Veinte veces con los ojos fijos sobre un inmenso mapa de Asia, le vi seguir sobre él el camino de las grandes invasiones indias; si alguno de sus dependientes entraba entonces:

— Mirad, decía, este es el camino de Giznia á Desa-Ismael-Khan, por él es por donde, desde el año de 1000 al de 1021, Mahamoud Ghiznevi invadió siete veces el Indostán con un ejército de ciento y de ciento cincuenta mil hombres, sin que encontrase nunca dificultad para darles raciones. En su sexta expedición, en el año de 1018, llegó

á Canoge, sobre el Ganges, á cien millas al S. O. de Delhy, y regresó á su capital por Mutrah: tres meses le habían bastado para aquella gigantesca expedición.

En 1020 se dirigió sobre el Guzerat para destruir allí el templo de Soumauth, y dió por el lado de Bombay una vuelta tan fácil, como la que había dado por el lado de Calcuta.

Por ese mismo camino de Desa-Ismael-Khan, es por donde sale Mahamoud del Khorassán, avanzó en 1184 á la conquista de la India, invadió el territorio de Delhy con un ejército de ciento veinte mil hombres, y sustituyó su dinastía á la de Mahamoud Ghiznevi.

Por el mismo camino, poco más ó menos, en 1596, parte Timour el Cojo de Samarcanda, y siguiendo el camino un poco al E. de Balkh, baja por el desfiladero de Anderab, sobre Caboul desde donde marcha hacia Attock é invade el Pendjab.

Por debajo de Attock, en el mismo punto por donde lo hubiera pasado yo, atraviesa Baber el Indus en 1525, y seguido sólo de quince mil soldados, se establece en Lahore, se apodera de Delhy y funda la dinastía mogola.

El mismo camino sigue su hijo Humayoón; cuando arrojado de la herencia paterna, la reconquista en 1551 con el socorro de los Afghanes.

El mismo camino, en fin, sigue Nadir Schah encontrándose en Caboul en 1739, al saber el asesinato de uno de sus enviados en la ciudad de Jellalabad, haciendo, para vengar la muerte de un hombre, lo que yo quisiera hacer para vengar la opresión del mundo; se interna en la montaña, pasa á cuchillo á todos los habitantes de la ciudad culpable, avanza por aquel mismo camino hollado ya por los pies de tantos ejércitos, baja sobre el Khyber, sobre Peshava

ver y Lahore, se apodera de Delhy, entregándola á la manzanza y al pillaje por tres días (1).

En seguida, golpeándose la frente, decía :

— Por allí pasaré como ellos : he pasado los Alpes en pos de Anibal, pasaré el Himalaya en pos de Tamerlán.

— Señor, continuó Sarrantí, sabréis un día, qué poder de realidad concluye por tomar en el espíritu un sueño largo tiempo acariciado. Desde entonces, nacido vos, vuestro padre llegó por consiguiente al colmo de las prosperidades y ya no tuvo más que un objeto.

Obtener por fuerza del Czar lo que no había podido obtener de grado.

El 22 de Julio de 1812, declara el emperador la guerra á la Rusia.

Pero iba ya un año que estaba resuelta aquella guerra.

En el mes de Mayo llamó el emperador cerca de sí, en las Tullerías, al general Lebastard de Premont, con cuya adhesión sabía que podía contar.

Para todos está cubierta con un velo misterioso la guerra de Rusia, se llamará la segunda guerra de Polonia.

El general Lebastard de Premont entrará solo en los secretos del emperador.

— General, le dijo el emperador, vais á partir para la India.

Creyó el general una desgracia y palideció.

El emperador le alargó la mano.

— Si tuviese un hermano tan bravo é inteligente como vos, general, le dijo á él, le encargaría la misión que os

1) Véase sobre la India inglesa la excelente y patriótica obra del señor conde Eduardo de Warren, uno de los más hermosos libros que se han escrito respecto á este asunto. (N. del A.)

encargo á vos : escuchadme, pues, hasta el fin ; después seréis libre para rehusar si creéis la misión mala para vos.

El general se inclinó.

— Seguro del favor de V. M., iré al fin del mundo.

— Vais á partir para la India ; entraréis al servicio de uno de los maradjahs de Schind ó de Pendjab, conozco vuestra bravura, vuestra ciencia, como instructor ; dentro de un año seréis general en jefe de sus ejércitos.

— Y una vez general en jefe de sus ejércitos, ¿ qué haré ? señor.

— Me aguardaréis.

El general retrocedió admirado ; el emperador había reflexionado tanto tiempo su proyecto, que lo miraba como cumplido,

— ¡ Ah ! es verdad, dijo sonriendo, *vos no sabéis, y es preciso que sepáis*, mi querido general.

Su mapa favorito, su mapa de Asia, estaba extendido sobre una mesa.

— Venid, vais á comprender. Declaro la guerra al emperador de Rusia ; atravieso el Niemen con quinientos mil hombres, y doscientas bocas de fuego ; entro en Vilna sin disparar un tiro ; tomo á Smolensk, y marchó hasta Moscow ; bajo los muros de la ciudad, doy una de esas gigantescas batallas, como la de Austerlitz, como la de Eylau, como la de Wagram ; aniquilo el ejército ruso y entro en su capital.

Allí dicto mis condiciones para la paz.

La paz es la guerra á la Inglaterra ; pero la guerra en la India.

Un día oiréis decir, que un hombre que manda cien millones de hombres en Occidente, que arrastran su fortuna la mitad de la población de la cristiandad, cuyas ór-

denes se ejecutan en un espacio que comprende diez y nueve grados de latitud y treinta de longitud, avanza por el Khorassán para conquistar la India; entonces decís á vuestro Radjad: ese hombre es mi jefe y vuestro amigo; viene para consolidar los tronos independientes de la India y para aniquilar el poder inglés, desde el golfo pérsico hasta las bocas del Indus. Llamad á todos los reyes, vuestros hermanos, á la revolución, y dentro de tres meses la India será libre.

El general Lebastard miraba á vuestro padre con una admiración que rayaba en espanto.

— Ahora, continuó el emperador, lo mismo que os he dicho mi plan de campaña para con la Rusia, hé aquí mi plan para la campaña de la India.

La Inglaterra me saldrá al encuentro ó me aguardará con un ejército de cincuenta mil hombres, de los que diez y ocho ó veinte mil serán ingleses y treinta ó cuarenta mil indígenas. Daquier que yo encuentre el ejército anglo-indio, reconozco su orden de batalla, y le ataco donde quiera que encuentre la infantería europea; preparo una segunda línea de reserva de la mía, á fin de reunir los despojos de la primera, si cede ante las bayonetas británicas; donde quiera que no haya más que cipayos, se marchará sobre aquella canalla sin contarla; bastarán látigos y bastones para ponerlos en fuga. Una vez en fuga, no se les volverá á ver nunca.

El ejército inglés se reformará, lo conozco; su divisa es la del regimiento núm. 57: *They will die hard*, duro de morir. Tendré que dar otro combate, sea en Lodianah sobre el Sudtje, sea en Passiput, donde ya blanquean fantasma osamentas. Pero yo no tendré que contar más que con ocho ó diez mil europeos; los demás se harán matar

en la primera batalla. Será negocio de algunas horas y nada más.

Inglaterra necesitará dos años para enviarme un nuevo ejército, uno para levantarlo y otro para instruirlo. Durante estos dos años, me habré detenido en Delhy para reconstruir el trono del Gran Mogol y volver á levantar su estandarte. Esto me atraerá diez y ocho millones de musulmanes. Además, levanto la bandera sagrada de Benarés; hago á su Radjah libre é independiente y me adquiero treinta millones de induanos, todo el curso del Ganges desde Yumna á Burampouter; inundo el Indostán con proclamas incendiarias; Fakiros, Yoghis, Kalenders, son mis apóstoles, todos proclaman en mi nombre la restauración y la independencia de la India. Inscribo sobre mis águilas: « Venimos á libertar y no á conquistar; venimos para hacer justicia á todos; Musulmanes, Induanos, Jafpouts, Jhauts, Mahrattes, Podigars, Radjahs, Narabs. Lanzad al usurpador, recobrad vuestros derechos, volved á entrar en vuestras posesiones, lanzaos como en tiempo de los Timour y los Nadir, para recolectar en las llanuras de la India la riqueza y la venganza (1).

De Delhy, en vez de dirigirme sobre Calcuta, que no es más que un punto comercial, un centro de población muelle y cobarde, marchó por Agra Gwalior y el Candish sobre Bombay, insurreccionando las poblaciones, reformando las confederaciones Rajpouta y Mahrata, dándoles sus antiguos jefes ú otros, tomados de las mismas familias. Bombay es la boca por la que respira la Inglaterra, es su punto de contacto con Europa, es la cabeza vital de la hi-

(1) Nunca citaré demasiado al conde Eduardo de Warren, ni recomendaré demasiado al lector que recurra á él. (N. del A.)

dra; tomado Bombay, alargó la mano á Nizam, volcanizo á Maissore, hago que uno de mis tenientes tome á Madrás mientras que yo marchó sobre Calcuta, y ciudad, murallas, fortaleza, guarnición, hombres y piedras, todo lo arrojé al golfo de Bengala.

— ¿Queréis partir para la India, amigo mío?

El general Lebastard de Premont cayó á los pies del emperador, y partió.

Ahora su historia es bien sencilla: dejó la Francia, bajo el peso de una falsa desgracia, desembarcó en Bombay, subió por el camino por donde Napoleón quería bajar, Cabaya, Gwalior, Agra; llegó á Pendjab; allí encontró un hombre de genio que se llamaba Rundjet-Sing, que nacido de una tribu obscura, había sido, hacia ya diez años elegido jefe por sus compatriotas, había levantado la nación de los Sicks, había conseguido sustraerla á la dominación inglesa, y se había hecho poco á poco dueño de su reino, grande como la Francia, pues comprendía el Pendjab, el Moul-tan, el Kacmir, el Péschaver y una parte del Afghani-stán.

Entró á su servicio, organizó su ejército, y estuvo con el oído atento hacia el lado de la Persia.

Un día oyó un gran ruido, era el que hacía el hundirse la fortuna de Napoleón.

Todo lo creyó concluido; lloró á su jefe y no se ocupó más que de su fortuna.

Pero en 1820 dejó yo á mi vez la Francia, fui á reunirme con él, y le dije:

— El que lloráis tenía un hijo.

— ¿Cosa extraña! murmuró el príncipe, mientras yo ignoraba casi hasta mi nombre; había á tres mil leguas de mi hombres que me preparaban un porvenir.

En seguida, alargando la mano á Sarranti, dijo con una majestad suprema:

— Cualquiera que sea el resultado de esa larga abnegación, de esa fidelidad obstinada, os doy gracias en nombre de mi padre y en el mío, caballero. Y ahora, caballero, continuó el príncipe, os falta decirme dónde, cómo y en qué época habéis dejado á mi padre, y cuáles son las últimas palabras que os ha dicho.

Inclinóse Mr. Sarranti en señal de que estaba pronto á responder.

CAPÍTULO XII.

EL PRISIONERO DE SANTA ELENA.

— ¿Sabéis dónde está Santa Elena? ¿Sabéis lo que es Santa Elena, monseñor?

— Se me han ocultado tantas cosas, caballero, respondió el príncipe, que os suplico me habléis como si lo ignorase todo.

— Una escoria de volcán, extinguido bajo el Ecuador: el clima del Senegal y de la Guinea en el fondo de los barrancos; el viento áspero, frío, seco, agudo de la Escocia, en cada abertura de las rocas.

Para los extranjeros obligados á vivir allí el término de la vida es de cuarenta á cincuenta años, para los indígenas, de cincuenta á sesenta. Á nuestra llegada á la isla, no había quien recordase haber visto en ella un viejo de sesenta y cinco años.

Era una verdadera inspiración británica enviar allí al huésped del Belerofonte.

Nerón se contentó con enviar á Séneca á Cerdeña, y á Octavia á Lampadura; es verdad que hizo ahogar á la una en un baño, y dió al otro orden de que se abriese las venas; pero esto era humano.

¿Sabéis que la isla tenía un carcelero, y que este carcelero se llamaba Hudson-Lowe? No debe admiraros, monseñor, que al ver lo que padecía vuestro padre, hubiese tenido la idea de conspirar para su fuga. En consecuencia, me había unido á un capitán americano que nos había traído de Boston cartas de vuestro tío el ex-rey José.

Aquel capitán y yo habíamos formado un plan de evasión, cuyo éxito nos parecía seguro.

Un día que venía yo de cazar cabras salvajes, con la esperanza de proporcionar al emperador un poco de carne fresca, de que carecía con frecuencia, encontré al capitán. Nos metimos en un barranco, arreglamos nuestras últimas disposiciones, y resolví, desde aquella misma noche, y sin retraso, comunicar nuestros proyectos al emperador.

Pero; cuál fué mi asombro, al oír desde la primera palabra que pronuncié decir al emperador:

— ¡Calla, simple!

— Pero, señor, le dije, dejadme al menos referiros nuestro plan, que tiempo quedará para desecharlo si es malo.

— Es inútil que te tomes esa molestia, tu proyecto...

— ¿Qué? señor...

— Lo conozco tan bien como tú.

— ¿Qué quiere decir V. M.?

— Escucha, bravo mío, y trata de comprender: esta es la vigésima vez que se me ofrece huir.

— ¿Y siempre os habéis negado?

— Siempre.

— ¿Permanecéis mudo y esperando?

— Y ahora, continuó el emperador, ¿sabes por qué me he negado siempre á huir?

— No.

— Porque es la policía inglesa la que hace que se me ofrezca la fuga.

— Pero, señor, insistí, esta vez puedo juraros...

— No jures, Sarranti, y pregunta á Mr. Las-Cases á quién ha encontrado ayer noche hablando en lo obscuro con Mr. Hudson-Lowe.

— ¿Á quién, señor?

— Á tu capitán americano, que me es tan adicto, simplón.

— ¿Es eso verdad, señor?

— ¡Ah! ¿Dudáis de mi palabra, señor corso?

— Señor, antes de esta noche daré cuenta de ese hombre.

— ¡Ah! muy bien; no falta más que eso para que te ahorquen bajo mis ventanas, porque ni aún serás fusilado. Me darás ahí un bello espectáculo.

En aquel momento entró Mr. de Montholón.

— Señor, dijo, el gobernador solicita hablaros.

Encogió el emperador los hombros con un inexplicable sentimiento de disgusto.

— Hacedle entrar, dijo.

Quise retirarme; pero me retuvo por el botón de mi traje.

Entró el coronel Hudson-Lowe.

El emperador aguardó, permaneció en la postura en que estaba, sin volverse, mirando de lado, y por decirlo así, por encima del hombro.

— General, dijo el gobernador, vengo á quejarme á vos.

Hudson-Lowe nunca venía más que para esto.

— ¿ De quién ? preguntó el emperador.

— De Mr. Sarranti, aquí presente.

— ¿ De mí ? exclamé.

— Mr. Sarranti se permite cazar...

El emperador le interrumpió.

— Viene bien, caballero, dijo con un acento de profundo disgusto, que vos os quejéis á mí de Mr. Sarranti; me habéis ganado por la mano porque yo iba á quejarme de él á vos.

Yo miré al emperador estupefacto.

— Vos os quejáis de que caza, continuó; yo me quejo de otra cosa, me quejo de que conspira.

Poco me faltó para lanzar un grito.

— ¡ Ah ! dijo Hudson-Lowe mirándonos á uno en pos del otro.

— Sí, el hombre que estáis viendo, y que se cree mi fiel servidor, no comprende todo el interés que tengo para con la Europa y para la posteridad de permanecer aquí, de sufrir aquí, de morir aquí; porque él, el ingrato, no se encuentre bien aquí, cree que yo estoy mal, y me compromete, con todo su poder, á huir.

— ¡ Ah ! Mr. Sarranti os compromete...

— Á huir, sí. ¿ Eso os admira ? A mí también; sin embargo, es así, y ahora mismo me proponía un plan de evasión.

Yo me estremecí al oír aquellas palabras.

— ¡ Imposible ! dijo el gobernador fingiendo sorpresa.

— Sin embargo, es como tengo el honor de deciroslo. Este caballero, de acuerdo con el capitán de un brick

americano, mirad, el mismo con el que hablabais ayer noche, prepara calladamente un proyecto de fuga, del que me daba parte justamente en el momento en que se os ha anunciado. El gobernador estaba seguramente más admirado de aquella confesión, de lo que fingía estarlo; pero como conocía el proyecto por haberlo tramado él mismo, y como el secreto no había podido aún traslucirse, le fué preciso creer, sin poder adivinar la razón que le impulsaba á un acto que le parecía insensato, le fué preciso creer que el emperador decía la verdad.

El emperador vió el embarazo del gobernador.

— ¡ Ah ! dijo, sí, comprendo. Os admira que os descubra así el secreto de uno de mis más fieles servidores; os preguntáis por qué expongo á vuestra severidad uno de mis más adictos; Mr. Sarranti es un corso, un verdadero corso, y conocéis la tenacidad de los hombres de esta raza. Pues bien, ya habéis hecho una limpieza muy buena entre mis servidores, ya habéis enviado á Europa cuatro, ó mejor dicho, cinco: Piontowski, Archambault, Cadet, Rousseau, y Santini. Pues bien, en medio de nosotros, hombres maduros, graves y resignados, que nada aguardamos más que de la Providencia, Sarranti, queriendo ayudar á esta Providencia, inspirarle sus designios, apresurar la ejecución de ellos, Sarranti es una tea de incesante discordia; veinte veces he querido rogaros que le enviéis á Europa con los otros, y ahora que se presenta la ocasión, la aprovecho.

Pronunció el emperador estas palabras con una voz de tal modo vibrante, que me equivoqué respecto á la intención; tomé por cólera hacia mí, lo que no era más que desprecio al gobernador.

Yo caí á los pies de vuestro padre.

— ¡ Oh! señor, exclamé, ¿ es posible que hayáis pensado en desterrarme á mi, á uno de vuestros más fieles servidores? ¿ No es mi patria donde vos estáis? ¿ No será para mí un destierro el punto en que no os vea?

El gobernador me miraba con compasión; nunca había podido comprender lo que él llamaba *fetiquismo* de los que rodeaban al emperador, por el emperador.

— ¡ Eh! ¿ quién os dice que dude yo de vuestra adhesión, caballero? Por el contrario, demasiado seguro estoy de ella, respondió el ilustre prisionero; esa adhesión es tal, que necesitaríais aún muchos años para aceptar la vida de Santa Elena, no por vos, sino por mí. Además, que sois para todos nosotros, no sólo un incesante motivo de escándalo, sino que también un eterno motivo de temor. Yo no os veo salir de aquí sin inquietud, ni os veo volver á entrar sin espanto; mirad, para no hablaros más que de lo que pasa en este momento, ¿ no sois la causa de que un hombre de la importancia del señor gobernador, se moleste y me haga una visita que no es más agradable para él que para mí? ¿ No sois vos quien habéis pretendido que yo, el hombre de los vivacs, el espartano, á quien bastaría una raíz y un pedazo de pan, que ha vivido en Italia con una escudilla de polenta, en Egipto con un plato que los turcos llaman pilau, y en Rusia con nada absolutamente; no sois vos, repito, quien habéis pretendido que yo necesitaba asado en mi comida, y quien habéis ido á caza de cabras salvajes, acción culpable, que excita con razón la cólera del señor gobernador? Pido, pues, formalmente á Mr. Hudson-Lowe, que os envíe á Europa; tenéis un hijo que educar, caballero, y á los ojos de la naturaleza, un padre es mucho más necesario junto á un niño que crece, que al lado de un viejo que muere, aun

cuando ese viejo fuese César, Carlomagno ó Napoleón.

Llamo viejo, claro es, relativamente; es uno viejo á los cuarenta y siete años, en un país donde se muere á los cincuenta. Volved, pues, á Francia, y que yo viva ó muera, no olvidaré nunca que me he visto obligado á celaros de aquí porque me amabais demasiado.

Estas últimas palabras habían sido dichas con una voz tan conmovida, que comenzaba á comprender, no el verdadero sentido de las palabras del emperador, pero sí la verdadera situación de su ánimo.

Levanté la cabeza, y su maravillosa mirada, fija sobre la mía, me dijo lo demás.

En cuanto al gobernador, nada más vió que quitar al emperador uno de sus servidores más adictos, que hacer caer una rama más de aquella encina que había cubierto á la Europa con su sombra.

— ¿ Es seria la intención del general Bonaparte, preguntó, de que se envíe este hombre á Francia?

— ¿ Tengo yo traza de chancearme, caballero? preguntó el emperador. Pido positivamente que se me desembarace de Mr. Sarranti, que me estorba aquí, porque me ama demasiado: ¿ hablo claro?

Así que, sin levantar la sesión, el gobernador tuvo la bondad de decir: *concedido*, á la petición del emperador, y anunciar que el día siguiente sería yo embarcado á bordo de un brick de la compañía de James-Town que partía para Portsmouth.

El emperador me hizo una seña. Comprendí que deseaba que no me alejase. Retiréme desesperado, dejándole solo con el gobernador.

Ignoro lo que pasó durante aquella entrevista de algunos minutos; pero un cuarto de hora después de haber

marchado sir Hudson-Lowe, el general Montholón me anunció que el emperador me llamaba.

Entré; el emperador estaba solo.

Mi primer movimiento fué arrojarme á sus

— ¿Yo tengo un aire bien duro, bien rugoso, no es verdad, monseñor? dijo el corso interrumpiéndose; diríase que no sé doblarme más que la encina de nuestras montañas; ¿qué queréis? delante de aquel hombre, era una caña que cedía al soplo del viento de su cólera ó de su amor.

— ¡Oh! señor, exclamé, ¿cómo he podido merecer semejante tratamiento de vuestra parte? ¡Arrojado, arrojado por vos!

Y levanté hacia él mis manos suplicantes.

Pero él, bajándose con una sonrisa (desgraciado niño, que aun cuando era príncipe no conocía las sonrisas de su padre más que por los dichos de los demás), pero él, bajándose con una sonrisa, dijo:

— Ven acá, ¿serás un simple toda tu vida? ven acá y *ascolta*.

Esta era una de las expresiones familiares y de buen humor de vuestro ilustre padre: cuando hablaba conmigo, mezclaba el francés y el italiano.

Tranquilicéme, pues, completamente.

— Pero entonces, le pregunté, ¿V. M. ha meditado su decisión y ya no me despide?

— Al contrario, caro balordo, te despido más que nunca.

— ¿Pero entonces tiene V. M. contra mí algún motivo de descontento que no quiere decirme?

— Figuraos, maldito corso, que tal vez me tomase el trabajo de hacer el diplomático con vos. Pero no, os lo repito, no tengo motivo más que para alabar vuestra fidelidad y vuestra adhesión, *signor minchione*.

— Y sin embargo, exclamé, ¿V. M. me despide?

— *Si da vero, ma di questo cattivo luogo.*

— ¿Por qué, pues, despedirme, señor?

— Porque me eres inútil aquí, mientras que puedo necesitarte en Francia.

— ¡Oh! señor, exclamé sumamente alegre, creo que comienzo á comprenderos.

— No es eso, desgraciado, *siam pur guanti*

— Entonces, ordenad.

— Tienes razón, no hay tiempo que perder: porque ¿quién me dice que, puesto que debes partir, no te lleven de un momento á otro?

— Escucho, señor, y ni una de vuestras palabras se perderá, ni una de vuestras órdenes se olvidará.

— Irás derecho á Paris, é irás á ver á Clausel, á Bachelu, Foy, Gerard, Lamarque, en fin, á todos aquellos que no se han prostituido á los Borbones ni al extranjero.

— ¿Qué les he de decir, señor?

— Les dirás que has habitado conmigo en Santa Elena; que Santa Elena es (y miró en derredor de sí y continuó con un acento inexplicable de amargura), que Santa Elena es: *un luogo simile al paradiso sopra la terra, un luogo ripieno di delizie, che si beve, che si canta, che si balla sempre, che s'anda a spasso per deliziosi giardini*. Sí, en jardines deliciosos, en los que las flores jamás se marchitan; en los que los árboles siempre están verdes, y producen frutas sabrosas; jardines regados por cristalinas fuentes, en las que vienen á beber pájaros cuyo canto alegra los oídos, *e che v'era finalmente tutto cio che puo piacere ai santi*.

Yo le miraba con admiración.

— ¿No es eso lo que ellos han dicho, no es eso lo que

han osado escribir de Santa Elena? ¿No han afirmado que esta isla, en que se bebe la muerte con el aire que se respira, era un lugar encantado? Sin duda para que mi hijo crea que permanezco aquí porque me encuentro bien, y porque el encanto del clima me lo hace olvidar todo.

— Pero ¿por qué permanecéis aquí, ó al menos, por qué no intentáis huir?

— ¡Eh! tonto, exclamó el emperador, porque esta muerte es el complemento de mi vida. Sobre el trono no hubiese fundado más que una dinastía; aquí fundo una religión. Los reyes se matan al degollarme. Alejandro, César y Carlomagno han sido conquistadores, ninguno ha sido mártir. ¿Qué ha hecho á Prometeo inmortal? No es haber robado el fuego del cielo, no es haber hecho al hombre inteligente y libre; es haber sido encadenado en el Cáucaso por la fuerza y la violencia, esos dos verdugos del destino. Déjame mi Cáucaso, déjame mi Gólgota, déjame mi Calvario y vuélvete á Francia. Vuélvete allá como un apóstol, y dí lo que has visto.

— ¿Pero y vos, señor, pero y vos?

— Yo moriré aquí, está así decretado entre Dios y yo. No habiendo podido matar físicamente á la Inglaterra en la India, es preciso que la mate moralmente en la historia. No es, pues, de mí de quien se trata, Sarranti, sino de mi hijo: lo he deseado como heredero, Dios me lo ha dado, le he amado como hijo; Dios me lo quita al mismo tiempo que mi imperio, y olvido mi imperio para no pensar más que en mi hijo. Por él, pues, con intención de que le sirvas, te envío á Francia; ve á ver, como te lo decía, á mis fieles generales; conspiran por mi regreso, esperan volverme á ver, hacen mal; miran hacia donde el sol se pone, hacen mal; que vuelvan los ojos hacia donde sale: Santa

Elena no es más que un faro; la estrella es Schoenbrunn. Que cuiden sólo de no comprometer al desgraciado niño; que no obren hasta que no estén seguros de triunfar; que Napoleón II no vaya á aumentar la historia de los Astinaux y de los Británicos.

En seguida, monseñor, con un acento paternal, del que quisiera poder daros una idea, dijo:

— En cuanto á ti, más feliz que yo, querido Sarranti, verás á ese bienhadado niño, aquella cabeza bendecida: es la recompensa de tu fidelidad hacia mí; le darás estos cabellos y esta carta, y le dirás que te he encargado que le abrace y le beses, y en el momento en que él te abrace, en el momento en que sientas posarse sus labios sobre tus mejillas, le dirás, Sarranti: « Hé ahí un beso, por el que un emperador hubiera dado su imperio, un conquistador su fama, y un cautivo el resto de los días que aún le quedan de vida. »

¡Y el niño y el hombre se encontraron otra vez pecho con pecho, rostro con rostro, confundiendo sus lágrimas y sus sollozos!

FIN DEL LIBRO NOVENO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1900. 1625 MONTERREY, MÉXICO